

Lydia Carreras de Sosa



La carrera de Filosofía y Letras es universitaria, larga, prestigiosa y desde luego que existía cuando terminé el colegio secundario pero, aunque todos sabían que me gustaba mucho leer y escribir, a nadie se le ocurrió que era una buena idea. Mucho menos a mí. No está de más aclarar que hace cuarenta años el tema de la vocación era negociable y ser escritor/a estaba bien para el tiempo libre pero en sí, era una total excentricidad.

Enseñar sí era una posibilidad con fu-

turo, elegante, más que adecuado para una señorita y que ofrecía pocas adversidades. Y me transformé en profesora de Inglés. De manera que cuando, con los años fui descubriendo que escribir era la cosa más importante, más urgente, la más imperiosa del día, incluso, con la que tenía que empezarlo porque me inundaba de energía, opté por usar mi profesión, mi academia, incluso a mis alumnos que sin saberlo me proveían de abundante material, como una canaleta.

Durante mucho tiempo, escribí los textos o historias de los exámenes, los discursos de mis colegas, las participaciones en el diario escolar y algunas cosas secretas que no mostraba, pero luego eso ya no bastó.

Comencé a mirar a mi alrededor. De una manera bastante fortuita, participé en un concurso que gané.

Eso fue hace diez años. La suerte estaba echada.

En noviembre del 2007, después de recibir el premio Alandar por *El juramento de los Centenera*, una novela juvenil, hice un balance, miré el calendario y dije: ya es hora. Voy por más.

El primer paso fue dejar de trabajar media jornada en mi academia para dedicarme sólo a escribir.

El próximo, Dios mediante, será un *full time*. No hay tiempo que perder.

Bibliografía

Las cosas perdidas, Zaragoza: Edelvives, 2006.

El juramento de los Centenera, Zaragoza: Edelvives, 2007.

Amigos para siempre, Buenos Aires (Argentina): Brujitas de Papel, 2008.